3 1761 08695948 3

LS
C419d
.Ymo

Cervantes Saavedra, Miguel de.
Don Quixote
Moreno García, César
Un nuevo aspecto del Quijote.

LS
C419d
Ymo

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

Cervantes, Miguel de
Don Quijote

UN NUEVO ASPECTO DEL QUIJOTE

ESTUDIO DE LA OBRA DE MIGUEL DE CERVANTES

POR

CÉSAR MORENO GARCÍA

LICENCIADO EN FILOSOFÍA Y LETRAS

487921
19. 3. 49

ÁVILA
TIPOGRAFÍA DE FEDERICO SANTOS
1899

1190
Ymo
Cervantes Saavedra, Miguel de.
Quijote

UN NUEVO ASPECTO DEL QUIJOTE

ESTUDIO DE LA OBRA DE MIGUEL DE CERVANTES

POR

CESAR MORENO GARCÍA

LICENCIADO EN FILOSOFÍA Y LETRAS

487921
19.3.49

ÁVILA
TIPOGRAFÍA DE FEDERICO SANTOS
1899

Propiedad del Autor

Nuestro Cervantes escribió las cosas de amor tan aguda y filosóficamente, que no tenemos que envidiar á la voracidad del tiempo las Eróticas *ó libros amorosos de Aristóteles, de sus discípulos Clearco y Teofrasto, y de Aristonceo, también peripatético.*

(*D. Gregorio Mayans y Siscar.* Vida de Cervantes. *Edición del* Quijote *de* 1782. *Madrid, en casa de Manuel Martin).*

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/unnuevoaspectode00more

CAPÍTULO I

Intróito.

A los escritos de Caballero, Morejón, Gamero, Mata, Gatell, Sbarbi, Piernas, Fernández Duro, Janer, Navarrete, Castro, Apraíz, Hermúa, Arrieta, Thebussem y tantos más, vamos á sumar este nuestro, el último ¡quien lo duda! en mérito, pero el primero, ó uno de los primeros al menos, por su intención, que no es otra que la de mantener viva la especie de veneración que sienten todos los españoles por *la obra magna*, como se ha llamado á la *Historia del Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha.*

Aquellos diligentes escritores buscaron en *el libro por excelencia* pruebas con que acreditar que á Cervantes debe admirársele como perito en Geografía, como profundo conocedor de la medicina, y de la locura más especialmente, como jurisconsulto notable, moralista insigne, teólogo digno de aprecio, hacendista merecedor de grandes alabanzas, excelente agrónomo, piloto experto, poeta de originalidad grande, orador elocuente, y prosista sin rival en el mundo; y otros,

ya en severo estilo, ya con formas literarias menos elevadas, le declararon físico eminente, sabio en sentencias populares, ingenio cristiano por excelencia, historiador veracísimo, concienzudo humanista, músico entendido, socialista insigne, reformador político, administrador militar, astrólogo, cuentista de inapreciable mérito, hombre práctico en las cosas de la vida, perito en el arte de la guerra, y filósofo de altos vuelos: maestro, en suma, de todas las ciencias humanas, y aun de las divinas, como un crítico añade.

Ninguno, que sepamos, ha intentado estudiar al *Quijote* bajo un aspecto menos científico, pero más simpático á la generalidad, y al sexo femenino sobre todo, al que humildemente brindamos estas líneas, para que intenten romper la frialdad con que suelen mirarle: esto es, revelándose en él su autor como profundo conocedor de la mujer y como maestro experimentado en las lides amorosas.

He aquí, pues, lo que, con la ayuda de Dios, de nuestra pluma humilde, y con el permiso del director de esta publicación (1), vamos á hacer nosotros, sin deliberado propósito de ninguna clase, ni aspiraciones é ilusiones de ningún género, porque, á fuer de imparciales, comenzamos por declarar que, comparados con los cervantistas citados, no valemos para hechar migas á un gato. Mas como, á veces, *se vé á los polluelos picar en el sitio destinado á comedero del gallo*,

(1) Este trabajo se publicó por primera vez en los números 491 y 492, correspondientes á los días 15 y 30 de Mayo del año 1896, de la *Revista Contemporánea* de Madrid.

aunque carecemos de ingenio, erudición, conocimiento del lenguaje y demás alharacas indispensables al que intenta poner las manos pecadoras en este incomparable Hidalgo, nos decidimos á echar nuestro cuarto á espadas, contando de antemano con que la baza, por culpa nuestra, está perdida, pero con la esperanza de que ha de ser del agrado de las personas á quienes se dedica.

CAPÍTULO II

El amor en el "Quijote,,.

Prescindiendo de lo que sabe todo el que haya leído ú oído leer la *obra única*, ó sea que su argumento ó base principal es el amor romántico y caballeresco que el exaltado D. Alonso Quijano siente por la rústica Aldonza Lorenzo, transformada por obra y gracia de su fantasía en la sin par Dulcinea del Toboso, el menos avisado echa de ver al momento que el sentimiento del amor dá en esta obra ocasión á los episodios más interesantes y, literariamente hablando, á los más bellos.

Pruebas de ello son: el canto del pastor Antonio á su amada Olalla (1), el cuento de Lope Ruíz y de la pastora Torralba, la graciosa aventura acaecida al hidalgo manchego en la venta, que él imaginaba ser castillo, con la puntualísima Maritornes, que demuestra lo bien que Cervantes conocía á esta especie de

(1) Siendo tan conocido el *Quijote*, suprimimos las citas, que harían enojoso este trabajo, limitándonos á subrayar las palabras tomadas del texto.

tra lo bien que Cervantes conocía á esta especie de mujeres; el que dá ocasión á la rendida carta que escribe el Caballero de los Leones á la dueña de sus pensamientos, durante su penitencia en Sierra Morena; la novela de Crisóstomo, muerto por los desdenes de la hija de Guillermo el Rico, que contiene la *Canción Desesperada*, acaso, por la delicadeza y exactitud de conceptos, la mejor de las contenidas en este libro, y la sutil defensa que de su conducta hace Marcela ante el caballero andante y los cabreros; el episodio de Luscinda y Cardenio, lleno de vida y realismo; el del *Curioso Impertinente,* así como el de Dorotea, deshonrada por el noble D. Fernando; el sucedido en la venta entre éstos, Cardenio y su amada; la *Novela del Cautivo*, la de Clara y el cantor mozo de mulas D. Luis; el de la bella Leandra y el pastor Anselmo, y el del *Caballero del Bosque*, prendado de los hechizos de Casilda de Vandalia ó Casilda de Andalucía, por no citar el cuento de Camacho el Rico ó los amores de Basilio y Quiteria, que es harto conocido, ni la entrevista erótica, en casa de los Duques, del *Caballero de la Triste Figura* con Altisidora, vulgarizada con el nombre de *La aventura de los gatos,* ni, por último, la que entre el mismo y la señora doña Rodríguez tiene lugar en el citado palacio, ó la realizada entre el avariciosillo Sancho y la bella hija de Diego Llanos mientras ejerció el cargo de gobernador de la ínsula Barataria.

Nótese que Cervantes, al describir los diferentes y múltiples aspectos bajo los cuales presenta el sentimiento del amor, en los distintos personajes que inter-

vienen en la acción de este libro, dá evidentes pruebas de no serle desconocido ninguno de los inumerables matices de que es suceptible ese mismo sentimiento, sino que, al contrario, parece hallarse tan familiarizado con ellos y conocerlos tan á fondo y hasta en sus más insignificantes detalles, que cualquiera pensaría que él mismo había pasado por todos los trances, apuros, contrariedades, disgustos, temores, desengaños y tormentos que sufren los que figuran en tales episodios, y había sentido todas las ilusiones, esperanzas, alegrías, venturas y felicidades imaginarias que los mismos experimentan. Tal es la verdad que resplandece en esos hermosos cuadros, arrancados á la realidad, y tal la exactitud y naturalidad con que están dibujados, que, no haciendo la suposición transcrita, no es fácil imaginar que el genio, por muy grande que sea su poder, llegue á interpretar, por modo tan admirable y, en lo que cabe, perfecto, lo que no es posible describir sin haberlo antes sentido hondamente. Así como resultaría intento inútil el de aquél que se propusiese conmover á los demás relatando desgracias cuya magnitud no apreciaron sus ojos y cuya intensidad su corazón no hubo de sentirlas, así también sería empeño vano querer que el lector comprendiese los efectos y las consecuencias que el amor produce en los seres racionales, únicamente por referencia, y sin que esos efectos y esas consecuencias hubiesen sido experimentados por quien los relata.

Tanto el amor ideal, que hace de la mujer amada un ser en el que no existen las impurezas y *realidades*

propias de las cosas criadas, amor de que es ejemplo el sentido por Don Quijote hacia Dulcinea, como el amor material, que no es movido por otro fin que el de la consecución del apetito genésico, como el romántico, exaltado por naturaleza y por condición extravagante, de que es modelo el sentido por Crisóstomo, y el arrebatador y apasionado, cual el sosegado y tranquilo, que aspira á la pacífica posesión de una dulce compañera, descritos de mano maestra están en esta historia por el hábil é inteligente artista que la compuso. Y las descripciones que nos ofrece, aderezadas con toda la sal de su poderoso talento, y revestidas del elegante ropaje que su gran conocimiento del idioma le presta, presuponen desde luego haber dedicado largo tiempo al estudio del corazón de la mujer, haber mantenido relaciones constantes y directas con mujeres de todas clases y condiciones sociales y haber sentido en sí mismo todo ó mucha parte de aquello de que habla.

Por eso los consejos que en tales episodios prodiga, unas veces con serio y elevado estilo, valiéndose otras del chiste y la sátira, que manejaba con tanta discreción, causan impresión profunda en el que los lee, como hijos que son de una observación adiestrada en el continuo batallar de la vida. Sucede igual con las saludables advertencias que en ellos derrama y con los magníficos pensamientos que esparce, pues producto de su experiencia deben ser las enseñanzas que ofrece, apoyadas en los admirables ejemplos que presenta, advirtiendo dónde suele encontrarse el peligro, para

que el que las siga pueda evitar los obstáculos en que tropezaron y cayeron los que caminaban á rienda suelta por la vereda *que el desvariado amor ante los ojos les pone.* Esos consejos, de segura guía sirven para no tropezar en los escollos de que se encuentra llena la senda del amor, pues se les previene con ellos de los impedimentos que suelen encontrarse y se le indica el medio más eficaz y expedito de vencerlos; sírvenle de consuelo al amante desdichado y enseñan al esposo la conducta que debe de observar en ciertos casos para con su esposa, á fin de que no pueda llegar nunca el día en que su honra corra riesgo alguno, como muestran al ultrajado medios de reparar la ofensa recibida. Ayudan también á los casados á reflexionar sobre su estado, contribuyen á mitigar las penas y á aliviar las desgracias de los buenos y de los malos casados, y el que sepa reflexionar seriamente acerca de las verdades que encierran y sacar las consecuencias que de ellos se deducen fácilmente, encontrará mucho que aprender y no poco que poner en práctica para que su ventura sea un hecho.

CAPÍTULO III

Opiniones de Cervantes acerca del amor y de los enamorados: consejos y advertencias contenidos en el "Quijote,,.

Si la pluma, como aseguraba el Ingenioso Hidalgo, es la lengua del alma, sin que la afirmación se considere exagerada, puede asegurarse que Cervantes, al hablar en el *Quijote* de los enamorados, en buena parte retrató los sentimientos que abrigaba la suya en sus mocedades. No de otro modo cabe asegurarlo, pues si no fuera esto así, sino que todas sus advertencias y descripciones se debieran á la casualidad, ó al estudio únicamente, no dejarían en el ánimo la intensa huella que marcan, pues se leerían como se leen otros pasajes del *Quijote* mismo: solamente por la belleza de la descripción ó la hermosura del lenguaje.

Ocupándose de los que bien se quieren, ó tienen tal intención por lo menos, no es sólo para el buen gobierno del hombre para quien escribió sus enseñanzas, sino para el de la mujer buena principalmente, exhortando de continuo á la doncella á que conserve sin mancha

sus virtudes, advirtiéndola el peligro que arriesga al querer á un hombre sin examinar de antemano sus cualidades y condiciones, determinando la norma de conducta á que deben sujetar las casadas sus actos, para conservar la buena reputación que tengan y aumentar la estima que las demás gentes la guarden, revelándola el medio de atraer á la buena senda al esposo descarriado y ofreciéndola un exacto y completo cuadro donde pueden ver pintados sus pensamientos acerca del matrimonio, la idea que tienen del amor, sus sentimientos dominantes, cualidades características, suspicacias, celos, enredos, temores, esperanzas, etcétera; en suma, todas las manifestaciones de su alma.

No aseguramos que pueda compararse la historia que se estudia con *La Perfecta Casada* del muy virtuoso Padre Fray Luis de León, como asegura un crítico que, en punto á moralidad, rivaliza este libro con el celebrado de *Moral* del Maestro Epitecto; pero sí que en cuanto á describir á los enamorados tal como son realmente, habrá pocos que en destreza y maestría aventajen á Cervantes.

Comenzando por definir el amor, sentimiento indefinible para algunos pendolistas que no le han sentido nunca, en uno de los pasajes de la peregrina novela se hace con estas palabras del gracioso escudero Sancho: *Es un rapaz ceguezuelo*—dice—*que con estar legañoso, ó por mejor decir, sin vista, si toma por blanco un corazón por pequeño que sea, le acierta y traspasa con sus flechas.* Este geniecillo alado, revoltoso de condición y simpático de naturaleza, gran amigo del sexo débil y no

tanto del fuerte, posee una fuerza incontrastable y un poder invencible; poder y fuerza que, según raciocinaba discretísimamente Don Quijote en uno de aquellos ratos en que, por no pensar en sus ideas caballerescas no estaba loco, hace que *ni mire respetos ni guarde términos de razón en su discurso, pues tiene la misma condición que la muerte, que así acomete con energía los altos alcázares de los reyes, como las humildes chozas de los pastores.*

Leyes no tiene el amor ninguna; á reglas no puede sujetársele; contra él son inútiles las prevenciones; los cálculos á que se le someta fallan casi siempre; con él no reza la máxima de que causas iguales producen efectos idénticos: sólo así se comprende por qué *unas veces vuela y otras anda, con éste corre y con aquél vá despacio; á unos entibia y á otros abrasa; á unos hiere y á otros mata; en un mismo punto comienza la carrera de sus deseos, y en aquel mismo punto la acaba y concluye: por la mañana suele poner el cerco á alguna fortaleza, y á la noche la tiene rendida.*

En cuanto á sus efectos, bien conocidos son de todos, y algunos, por lo singulares, se han hecho famosos: uno de los más vulgares, pero no menos cierto, del verdadero amor, que para merecer tal nombre *ha de ser voluntario y no forzoso*, es el de forzar á ver en la mujer ó en el hombre gran número de perfecciones que, por lo general, no existen más que en nuestra mente, pues como el amor *mira con unos anteojos que hacen parecer oro al cobre y á las legañas perlas*, de tal modo enturbia los sentidos, anubla la razón y entorpece ó

embota el entendimiento, que no vemos otro color en las cosas que el que les da el cristal que escogemos por gusto para mirarlas. Otro de ellos es, después de *cegar los ojos de entendimiento*, quitar al hombre *el temor y la vergüenza*, aunque, por fortuna para *ellas*, no sucede esto siempre, pues generalmente *donde hay mucho amor no suele haber demasiada desenvoltura*.

Una advertencia para las mujeres, hablando del amor, hace Cervantes, que merece recuerdo; que es bueno se prevengan contra los jóvenes «demasiado amorosos», pues el amor en ellos *por la mayor parte no lo es, si no apetito, el cual, como tiene por último fin el deleite, en llegando á alcanzarle se acaba*, y *ha de volver atrás aquello que parecía amor, porque no puede pasar adelante del término que le puso naturaleza*. Mas cuando el enamorado lo está realmente y no lleva por intención *alguno de esos mal colocados deseos*, que *no pueden traer consigo otros descuentos que los semejantes*, y esto, si no en todas las ocasiones, en muchas de ellas le es dado á la mujer adivinarlo con esa maravillosa intuición de que están dotadas, y poner al momento el oportuno remedio, en el hombre se manifiesta el sentimiento de que se trata *todo alegría, todo regocijo y contento*, mucho mayor naturalmente *cuando se está en posesión de la cosa amada*.

¿Qué señales dan á conocer que el hombre tiene el corazón apasionado? Entre otras no menos evidentes, de habérsele suelto el juicio, pues el amor hay quien opina que es una forma como otra cualquiera de la locura, las que el bachiller ó licenciado Sansón Carras-

co observó en el infeliz Quiterio: *Come poco*—razonaba—*y duerme poco, y lo que come son frutas, y en lo que duerme, si duerme, es en el campo sobre la dura tierra, como animal bruto; mira de cuando en cuando al cielo y otras veces clava los ojos en la tierra con tal embelesamiento, que no parece si no estátua vestida, que el aire mueve la ropa.* La experiencia enseña y lo aconseja la práctica, que es de razón el que el enamorado, para vencer ciertas dificultades que por rutina ó exceso de suspicacia oponen las mujeres antes de declararse rendidas, eche mano de determinados argumentos que desvanezcan sospechas más ó menos justas; pues, y ya lo decía D. Quijote defendiendo la trama urdida por Basilio, *el amor y la guerra son una misma cosa, y así como en la guerra es cosa lícita y acostumbrada usar de ardides y estratagemas para vencer al enemigo, así en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y marañas que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo y deshonra de la cosa amada.*

Auxiliar poderoso del amor, y mejor ministro de que se vale para realizar sus obras, siempre que entre los dos que se quieren hay avenencia mútua, es *la ocasión*, y de la ocasión *se sirve en todos sus hechos, principalmente en los principios*, la cual se encuentra con un poco de voluntad de ambas partes y otro poco de paciencia, mayormente si se cuenta con el apoyo de «ella» por que no hay que dudar que *en los casos de amor no hay ninguno que con más facilidad se cumpla que aquel que tiene de su parte el deseo de la dama.* Su

enemigo mayor, en cambio, es *la necesidad:* exagerada hipérbole, sin duda, es la del refrán que dice «al bien querer, lo de menos es comer», pues verdad no desmentida es la que contiene el pensamiento de Miguel de Cervantes de que *el mayor contrario que el amor tiene, es el hambre y la continua necesidad*, pensamiento repetido después en otro pasaje de su inmortal Historia con estas palabras: *enemigos opuestos y declarados* (del amor) *son la necesidad y la pobreza.*

Por lo que se refiere á la vida íntima de los enamorados, no hay detalle que se le escape ni nimiedad que no apunte: la manera como tienen de dar á conocer sus pensamientos, que es por medio de esos billetes que *sin saber cómo* llegan á manos de le cortejada, y en los que escriben *enamoradas razones, con menos letras que palabras y juramentos;* sus cualidades, entre las que, *como más preciada*, resalta *la firmeza;* sus promesas, que cual hombre que acaso alguna vez las habia hecho sin ánimo de cumplirlas, no deben á pie juntillas creerse, *porque la mayor parte son ligeros en prometer y muy pesados en cumplir;* sus contrariedades, *que suelen parar en maldiciones;* sus despechos y sus principios, en los cuales *los desengaños prestos suelen ser remedios calificados;* sus medios de comunicarse las impresiones recibidas, que casi siempre es por escrito, pues *las plumas, con más libertad que las lenguas, suelen dar á entender á quien quieren lo que en el alma está encerrado*, en cuyos escritos muchas veces se contienen sentimentales razones ó amarga quejas que no son ciertas, por lo cual, como dice Dorotea, puede

pensarse que *no sé cómo es posible que tenga tanta habilidad la mentira, que las saben componer* (los hombres) *de manera que parecen tan verdaderas;* sus deseos, *que se sustentan con esperanzas,* y hasta el modo de realizarse sus entrevistas, que (dando cuenta de una de ellas) describe gráficamente en los siguientes términos: *siempre nos hablábamos con todo regocijo y contento, sin mezclar en nuestras pláticas lágrimas, suspiros, celos, sospechas ó temores: todo era engrandecer yo mi ventura por habérmela dado el cielo por señora: exageraba su belleza; admirábame de su entendimiento, y ella me volvía el recambio, alabando en mí lo que, como enamorados, era digno de alabanza.*

Y como si relato tan fiel, que punto por punto habrán cumplido quizá en más de una ocasión los que esto lean, en las conversaciones que hayan sostenido de esta especie, no fuera bastante á acreditar su certeza indiscutible, aquel gran genio, unos cuantos párrafos más adelante, completa su pintura con estas frases: *Nos contábamos*—agrega—*cien mil niñerías y acaecimientos de nuestros conocidos. y á lo que más se extendía mi desenvoltura era á tomarla, casi de por fuerza, una de sus bellas y blancas manos y llevarla á mis labios.* Salvo deshonrosas excepciones, que generalmente dependen del descoco y atrevimiento de la dama, ó de la sinvergüenza del galán, consentido por aquélla, poco han variado en su esencia tales entrevistas, pues sus accidentes externos está claro que no pueden someterse á regla alguna, desde que con tanta sutileza y elegancia las describió Cervantes.

A estudio tan acabado añádase la advertencia de que *las acciones y movimientos exteriores que muestran los enamorados, cuando de sus amores se trata, son ciertísimos correos que traen las nuevas de lo que allá, en lo interior del alma, pasa*, y si alguna duda queda de haberlos retratado y descrito minuciosamente, continuando atentamente la lectura del *Quijote*, se disipará bien pronto. La costumbre de componer versos á la dama á que seguimos como *la saeta al blanco* ó como *el marinero al Norte*, prodigándolas alabanzas de que suelen quedar muy agradecidas, la expresa, con efecto, por mediación del desdichado Cardenio, diciendo: *¡Cuántas canciones compuse y cuántos enamorados versos, donde el alma declaraba y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus encendidos deseos, entretenía sus memorias y recreaba su voluntad!* Tanto mayor será el número de estas alabanzas, cuanto más numerosos sean los desdenes recibidos de la que enamoramos; pues como *la esperanza nace siempre juntamente con el amor*, si aquélla se desvanece y se siente que éste aumenta, justo es ahogar el despecho con la sátira: *que es propio y natural de los poetas no admitidos y desdeñados de sus damas vengarse con sátiras y libelos;* poetas á los cuales les viene de molde el dicho del mismo Cervantes contenido en *La Ilustre Fregona:* «Verdaderamente que hay poetas en el mundo que escriben trovas que no hay diablo que las entienda», si bien con ellas no hacen daño á nadie, ni aun á la interesada misma, pues según nos advierte, *cuando algún amante loa á su dama de hermosa y la nota de cruel, ningún oprobio hace á su buen crédito.*

Los celos de los que se quieren los registra también en su libro: *al enamorado*—dice—*no hay cosa que no le fatigue ni temor que no le dé alcance;* verdad expresada más claramente en *La Galatea*, libro I, por boca de un pastor, de este modo: «Es condición de los amantes parecerles mal gastado el tiempo que se gasta en otra cosa que en ensalzar y alabar la causa de sus tristezas ó contentos».

La poca reflexión de los mismos, pues *jamás ajustan la cuenta de sus deseos,* y las *dificultades* que en los principios de los amores se tocan, pensamiento también explanado en la obra citada, diciendo: «Los principios en cualquier negocio son siempre dificultosos, y en los que tratan de amor son por la mayor parte *dificultosísimos*, hasta que el mismo amor, cuando se quiere mostrar favorable, abre las puertas del remedio».

A los que aman irreflexiblemente los advierte Cervantes que *el desdén y el desengaño pueden poner fin á la tragedia de la miserable vida;* á los que no son correspondidos les dice que *los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes*, y á los impacientes que la *impaciencia mata muchas veces*. Aconseja á los primeros, ó sea á los desdeñados, que den sus afanes al olvido, pues *si grande y poderosa es la fuerza del desdén desamorado*, muy cierto es que *el que camina contra la esperanza y navega contra el viento, se anega en la mitad del golfo de su desatino.*

Huir, como de la peste, viene á aconsejar al hombre de sano juicio, de esas mujeres, mudables de opinión

como de dirección el viento, prendadas de sí propias, antojadizas, volubles y caprichosas, á las que hoy se conoce con el epíteto de «coquetas». Uno de los personajes que en el *Quijote* figuran, nombrado Vivaldo, aconseja á otro, el pastor Ambrosio, dé á la vida los papeles de su compañero Crisóstomo, muerto por el amor desdeñado, sentido por una de las mujeres de la estirpe señalada, á fin de que su desgracia sirva de escarmiento á todos y se aparten y huyan de caer en semejantes despeñaderos. Por estas mujeres hay hombre que *pasa las horas de la noche sentado al pie de alguna encina ó peñasco, y allí, sin plegar los llorosos ojos, embebecido y transportado en sus pensamientos, le halló el sol á la mañana; y cuál hay que sin dar vado ni tregua á sus suspiros, en mitad del ardor de la más enfadosa siesta del verano, tendido sobre la ardiente arena, envía sus quejas al piadoso cielo.* Del mismo modo se debe huir de toda mujer que sueñe con grandezas, pues cuando más seguros de poseer su cariño nos creamos, ocasión puede presentarse de realizarlas y dará al traste con todas nuestras esperanzas, é igualmente de aquellas otras más duras que un mármol y más sesgas que una estátua, que concluyen siempre *por olvidarse de las palabras con que nos hayan engañado, entretenido y sustentado en nuestros honestos deseos.*

De aquéllas y de éstas, por grandes que sean nuestros esfuerzos para hacerlas que vivan en la memoria de las gentes, obtendremos lo que Cardenio, que Cervantes expresó bellísimamente en estas líneas: *Quiso bien, fué aborrecido; adoró, fué desdeñado; rogó á una*

fiera, importunó á un mármol, corrió tras el viento, dió voces á la soledad, sirvió á la ingratitud, de quien alcanzó como premio ser despojo de la muerte en la mitad de la carrera de su vida.

Todo lo cual viene á confirmar el argumento tantas veces repetido, pero no por eso menos evidente, de que si las mujeres suelen amargamente condolerse de la crueldad del corazón de los hombres, motivos tienen éstos á veces para volver la oración por pasiva, porque en punto á crueldad y ensañamiento no pocos nombres de mujeres pudieran citarse, cuyos hechos hacen disculpables los de los Nerones más refinados.

CAPÍTULO IV

El "Quijote", y la pasión de los celos.

Como la pasión de los celos, una de las más terribles que puede sentir el hombre, al decir de un gran sabio, juega papel importante en la acción que los enamorados representan, Cervantes, que tan extensamente de ellos se ocupa en el largo transcurso de su inmortal historia, tenía—como lo hizo efectivamente—que dejar en ella expuesta su opinión acerca de ésta que llama *enfermedad rabiosa*. Dicha pasión, es claro que durante la vida de matrimonio es cuando suele presentar caracteres que, por lo terribles, espantan, y producir resultados que, por lo trágicos, horrorizan; pero como nuestro insigne alcalaíno no intentó sin duda presentar de ellos un estudio completo, porque sus causas son muy complejas, y por tanto sus aspectos muy varios, sino que cuando á ellos se refiere lo hace por incidencia, y excepción hecha de un solo caso, al ocuparse en los demás de los enamorados, cuando á los últimos alude, es cuando describe sus efectos y juzga sus con-

secuencias. Esta es la razón de tratar de los celos en este lugar y no después de que nos ocupemos del matrimonio, como acaso pareciera más lógico y justo.

Invencibles y rigurosas, dice muy bien que son sus fuerzas, porque encadenan fatalmente los sucesos, amontonan las desgracias y nos convierten en esclavos de nosotros mismos. Cuando son fundados sobre todo, igual la mujer que el hombre, sufre tormentos de que sólo sintiéndolos cabe dar exacta idea, y los amantes que padecen este *mal angustioso*, generalmente experimentan contratiempos gravísimos, que tienen en ocasiones—como testimonia la crónica diaria—resultados funestos.

Durante este período, en el hombre suelen presentar fases muy distintas, que reconocen por origen el exceso de cariño, que, como el miedo, abulta exageradamente las proporciones de los objetos, y la tendencia en él innata á imponer su voluntad y someter á su capricho la de la mujer que adora; mas en la mujer se manifiestan, aunque silenciosamente y sin aparatosas exterioridades, con caracteres más enérgicos y vengativos. Su naturaleza rencorosa y las dobleces de su carácter, permítenla ocultarlos largo tiempo y aguardar la ocasión en que satisfacer plenamente su sed de venganza: un ejemplo encontramos que comprueba esto, en *Claudia*, que, engañada por la ilusión del sentimiento de que se trata, da muerte á su amado Vicente, exclamando, después de consumada su obra y arrepentida de su inútil crimen: *¡A qué desesperado fin conducís á quien os da acogida en sus pechos!*

Mas si los celos no tienen fundamento serio, sino que suelen ser inspirados por la mujer misma para apretar más fuertemente los nudos de la red en la que tiene aprisionado un corazón rendido, ó por el hombre para probar el cariño de la dama de sus pensamientos, se desvanecen con la misma facilidad con que se forjan y se traducen en motivo de nuevas protestas de inquebrantable fidelidad y constancia. He aquí por qué el «mayor mónstruo» tiene generalmente poco de tal entre los enamorados: basta á veces para destruirlos la sola presencia de la cosa amada, la cual, según frases del ínclito Cervantes, *turba y enmudece la intención más determinada y la lengua más atrevida.*

Si la mujer á quien se quiere es una de las que se trata en el último párrafo del capítulo anterior, y da como pago á un buen deseo malas acciones, el hombre entonces, como el infeliz *Cardenio* en situación análoga, queda *falto de consejo, desamparado, á mi parecer, de todo el cielo; hecho enemigo de la tierra que me sustentaba, negándome el aire aliento para mis suspiros y el agua humor para mis ojos: sólo el fuego se acrecentó de manera que todo ardía de rabia y de celos.*

Exclusivamente propia de los enamorados es una variedad de esta enfermedad peligrosa, muy común en la «clase», pero muy expuesta á serios compromisos, si no va acompañada de una reflexión y serenidad grandes: es la que nace de contemplar con otra la mujer ó el hombre con quien se mantuvieron relaciones, quedando rotas por cualquier motivo, pero permaneciendo vivo en el corazón «el fuego sacro del amor». Contra

esta especie de celos no hay más que el voluntario olvido ó tener la firmeza de Don Quijote, el cual de tal modo amaba á su Dulcinea del Toboso, que *nada habría de moverle*—decía—*á dejar de adorarla, que la tengo grabada y estampada en la mitad de mi corazón y en lo más escondido de mis entrañas.*

CAPÍTULO V

De la mujer y de sus condiciones y cualidades físicas, intelectuales y morales.—La hermosura y la fealdad de la mujer: remedio que debe adoptar el hombre contra aquélla.

Pruebas de que Cervantes se nos ofrece en la peregrina historia de Alonso Quijano como conocedor profundo de la mujer, se encuentran en abundancia en este inmortal libro. *Animal imperfecto* la nombra, porque la que nace buena puede llegar á ser una santa, y la que posee malos instintos un mónstruo de perversidad.

Sin embargo, por naturaleza, las mujeres son *tiernas y compasivas*, y de condición ordinariamente son *presurosas y amigas de saber*... lo que no las importa, como en una de sus comedias asegura el poeta Rojas. De nacimiento suelen ser *aficionadas, y más si son hermosas, por más castas que sean, á traerse bien y á andar galanas*, y por instinto son todas ellas *vanidosas*, pecado que se destaca poderosamente sobre todos sus defectos, pues como decía *Marcela, por feas que seamos las mujeres, siempre nos dá gusto el oir que nos llaman hermosas.* Por origen también, y esto por sabido no necesita de

comentario, la mujer *tiene naturalmente ingenio presto para el bien y para el mal, más que el varón*, y asimismo por condición es voluble y venal, cualidad expresada en este pensamiento: *entre el sí y el no de la mujer no me atrevería yo á poner una punta de alfiler, porque no cabría;* y completado después, por si no estaba bien explícito, con la interrogación siguiente: *¿Quién hay en el mundo que se pueda alabar de haber penetrado y sabido el confuso pensamiento y condición mudable de una mujer?* A cuya pregunta no hay más respuesta que la contenida en el inapreciable libro: *Ninguno por cierto.*

Como entre la mujer buena y la mala media un insondable abismo, según la obligada frase, Cervantes determina la línea divisoria que las diferencia y separa, ensalzando como es justo á aquélla y fustigando despiadadamente á ésta. Con la primera—dice—debe hacerse lo que con las reliquias: *adorarlas y no tocarlas, ó lo que el dueño de un hermoso jardín que está lleno de flores y rosas que no consiente que nadie le pasee ni manosee: basta que desde lejos y por entre las verjas de hierro gocen de su fragancia y hermosura;* pero con la segunda, toda precaución es poca, por *la maldad de la mujer mala pierde el crédito de su honra con el mismo á quien se entregó, rogada y persuadida, y con mayor facilidad se entrega á otros.*

Hecha la conveniente separación de partes, otorga sanos y experimentados consejos á la mujer buena, advirtiéndola, en primer término, que ajuste su conducta á su conciencia y á lo que la opinión demande y exija, pues *su honor consiste en la opinión buena que de ellas*

se tiene y no haga pública ostentación de las bellezas de su rostro, ni de los trapitos con que adorne su figura, pues la doncella debe estar *con la pierna quebrada y en casa*, porque, valiéndonos de las palabras de Sancho, *la mujer y la gallina*—nos dice—*por andar se pierden aina*, ó de prisa, que es lo mismo.

Adviértela también se libre de entretener á sus pretendientes con ánimo sólo de pasar el tiempo, para no merecer el dictado de *falsa*, y obrar siempre con ellos con gran corrección y miramiento, que, *así como no hay mujer, por retirada que esté y recatada que sea, á quien no la sobre tiempo para poner en ejecución y efecto sus atropellados deseos, así*, por grande que sea el descoco del galán, *en la vergüenza y recato de las doncellas se despuntan y embotan las amorosas saetas.*

Guárdese muy mucho, pues, á sí propia, que en estos detestables siglos, previene Cervantes, *no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque allí, por los resquicios ó por el aire, con el celo de la maldita solicitud, se les entra la amorosa pestilencia y las hace dar con todo su recogimiento al traste;* y no se fíen inocentemente de las palabras de los hombres, como el cantar dice y nuestro autor advierte, *porque las palabras se las lleva el aire;* ni de sus ofrecimientos, *porque los tienen en poco*; ni de sus dádivas, *porque son intencionadas;* ni de sus lágrimas, *porque suelen ser fingidas.*

De sus apasionadas protestas ó sentidas quejas, cuando estén escritas en verso, hagan caso omiso, que, *si como enamorados siempre se quedan tan cortos como*

verdaderos, como poetas no dicen la verdad nunca. Para que puedan, sin temor ó engaño, corresponder á quien las pretenda, ha de reunir este abecedario de buenas cualidades, que merece por lo curioso conservarse en la memoria: *Agradecido, Bueno, Caballero, Dadivoso, Enamorado, Firme, Gallardo, Honrado, Ilustre, Leal, Mozo, Noble, Onesto, Principal, Quantioso, Rico, Sabio, Tácito, Verdadero y Zelador de la honra de quien ama.*

Los hombres, por su parte, se encuentran en el deber de respetar á la doncella honrada y no ponerla *embarazos donde tropiece y caiga, sino quitárselos y despojarla el camino de cualquier inconveniente, para que sin pesadumbre corra ligera á alcanzar la perfección que la falta, que consiste en ser virtuosa.*

Por lo que hace á sus inclinaciones, después de apuntar que la mayor arma de la mujer, como la de los togados, *es la lengua,* á cuyo manejo son por demás dadas, y decirnos, no obstante, que *las mujeres no agravian,* consigna que *la inclinación más manifiesta en ella es á el mejor cimiento y zanja del mundo,* ó sea al Don Dinero, que dijo Quevedo, torciendo, á veces, por tal móvil los impulsos de su alma, acaso porque, según decía el escudero, *siempre un asno cubierto de oro parece mejor que un caballo enalbardado.* Por consiguiente, la lucha con quien á las gracias une buen dinero, es inútil, porque sus ventajas sólo el vil metal puede atajarlas.

Detalles hay en toda la obra que unidos y eslabonados convenientemente, formarían curioso libro de estudio y consulta: aquí escribe que *las doncellas ocupadas,*

más ponen sus pensamientos en acabar sus tareas que en sus amores, y que deben ocuparse *en los ejercicios que ofrece la aguja y la almohadilla*, tan lícitos como necesarios para ellas; más allá nos habla de la entereza de la mujer cuando de veras quiere, haciendo exclamar á *Clara*, apasionada de *don Luis: En mi vida le he hablado palabra, y con todo eso le quiero de manera que no he de poder vivir sin él*. Allí leemos una prueba de observación aguda, refiriéndose á la hermosa *Quiteria* en el instante de presentarse ante el cortejo que asistía á sus bodas: *llegaba*—escribe—*algo descolorida, y debía ser de la mala noche que siempre pasan las novias en componerse para el día venidero de sus bodas*; y ocupándose de la virtud de la mujer, pregunta con gran razón, por boca de uno de los personajes que figuran en *El Curioso Impertinente: ¿Qué hay que agradecer que una mujer sea buena, si nadie la dice que sea mala?* En las luchas del mundo, no en el encierro del claustro, donde no la vea ser humano, es donde se prueba su virtud, sin que haya necesidad para ello de ataque rudo, que al fin, siendo *de vidrio la mujer*, fácil es que se quiebre, *pues*, como pocos renglones después de los copiados se lee, *la que es buena por temor ó por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella estima en que tendré á la solicitada y perseguida, que salió con la corona del vencimiento*. Valiéndose de Marcela, por último, disculpa en estos términos á las bellas que no admiten galanes que no son de su agrado: *No alcanzo que esté obligado lo que es amado á amar á quien le ama, y más que podría acontecer que el amador de lo hermoso fuese*

feo; y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cabe muy mal el decir: quiérote por hermosa, me has de amar aunque sea feo.

Pocas más citas añadiremos para completar el acabado estudio que del sexo femenino nos presenta Cervantes en su ingeniosa novela. Son las que siguen, relativas á la belleza de la mujer, la cual tiene, en su autorizada opinión, *prerrogativa y gracia de reconciliar los ánimos y atraer las voluntades.* Pero no todas las hermosuras enamoran, y es natural que así sea, *que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad, pues si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, sería un andar las voluntades confusas y descarriadas, sin saber en cuál habrían de parar*, que, como se dice vulgarmente, se trocaría la tierra en una olla de grillos.

Una mujer, para que con justicia merezca el dictado de bella, ha de ser—dice Cervantes—*hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada, y finalmente, alta por linaje*, sin que por esto, si la doncella es honesta, produzca efectos «irritantes» en el hombre, porque la hermosura, en tal caso, *es como el fuego apartado, ó como la espada aguda, que ni él quema ni ella corta á quien á ellos no se acerca.*

El «summum» de perfección respecto á este punto se encuentra en el retrato que Don Quijote hace de Doña Dulcinea, con razón *la sin par* en belleza, porque en ella, decía, *se vienen á hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan á sus damas.*

Merece copiarse, para que se pueda admirar la maestría de la descripción y la exactitud y elegancia con que están aplicados los epítetos. Dice así: *Sus cabellos son oro; su frente, campos eliseos; sus cejas, arcos de cielo; sus ojos, soles; sus mejillas, rosas; sus labios, corales; perlas, sus dientes; alabastro, su cuello; mármol, su pecho; marfil, sus manos; su blancura, nieve; y las partes que á la vista humana encubrió la honestidad son tales, que sólo la discreta consideración puede encarecerlas y no compararlas.*

Fama de galante debía tener nuestro autor entre las mujeres, pues pocas son las ocasiones en que habla de las feas, y aun en estas contadas ocasiones, sus naturales defectos físicos procura encubrirlos con la delicadeza más esquisita de palabra y con la suavidad y blandura más grande en los calificativos; así dice, por ejemplo, tratando de Clara Pelerines, una de las doncellas más horribles que pueden ser imaginadas, cuyo rostro se encontraba marcado terriblemente por las viruelas, que *sus hoyos no eran hoyos, sino sepulturas donde se sepultan las almas de sus amantes.* Alguna vez, tomando á broma esa fealdad, la satiriza con gran donaire, pero sin hacer mofa de ella, como lo hace cuando describe otra moza parecida á la que hemos citado. *Era tan limpia*—dice—*que por no ensuciar la cara trae las narices arremangadas, que no parece sino que van huyendo de la boca, y con esto parece bien por extremo, porque tiene la boca grande, y á no faltarla diez ó doce dientes y muelas, pudiera pasar y hechar raya entre las más bien formadas. Los labios son tan sutiles y delicados*

que, si se usara aspar los labios, pudieran hacer de ellos una madeja; pero como tienen diferente color de la que en los labios se usa comúnmente, parecen milagrosos, porque son jaspeados de azul y verde y aberengenado; está agobiada y encogida, y tiene las rodillas en la boca; su mano está anudada, y en sus uñas, largas y acanaladas, se muestra su bondad y buena hechura. ¡Hermoso retrato, á que el mismo Quevedo, perito en describir galanamente la fealdad femenina, hubiera puesto su firma!

Remedio que contrarrestre las artes de la mujer y restablezca el desequilibrio que originan en las almas varoniles, nos da uno Cervantes, que consiste en pensar lo menos posible en la que pusimos los ojos: pues de lo contrario, por plagada que esté de defectos físicos y morales, dando en pensar en ella, se acaba por encontrarla perfecciones numerosas, que sólo tienen realidad en nuestro cerebro. Y como es dicho vulgar el pensamiento de Cervantes de que *las mujeres saben componer algunas mixturas y venenos con que vuelven locos á los hombres*, antes de caer en tan deplorable estado, vale más alejarse de ellas con el pretexto de dolernos y hablar mal, como uno de los personajes del *Quijote*, de su ligereza, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promesas muertas, de su fe rota y del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos e intenciones.

CAPÍTULO VI

El matrimonio juzgado por Cervantes en su "Quijote,,: sus ventajas y desventajas.

Después de haber sido expuestas las opiniones de Cervantes acerca de los enamorados, es lógico transcribir las que sustentaba acerca del matrimonio, cuya unión califica de *justa y santa.*

Ante todo, conviene observar que el ilustre soldado de Lepanto, que en casi toda la historia del loco manchego se manifiesta alegre y jocoso, como si la hubiera escrito con la sonrisa en los labios, cuando se ocupa del matrimonio lo hace siempre con palabras graves y serias y en tono levantado y un tanto enfático.

Una de las primeras cosas que á los padres advierte es *que no den á sus hijos estado contra su voluntad.* Las consecuencias de los casamientos forzosos son por regla general muy tristes, y mayores aún si son hembras las movidas á realizar contra su gusto un acto tan transcendental como este.

Pero esto no impide el que los padres aconsejen seriamente á sus hijos, y particularmente á sus hijas,

acerca de lo que más les conviene, cuando una de ellas piense tomar estado, pues *si á su sola voluntad quedase el escoger los maridos, tal habría que escogiese al criado de su padre y tal al que vió pasar por su calle, á su parecer bizarro y entonado, aunque fuese un desbaratado espadachín.*

Con gran insistencia aconseja á los hombres que mediten cuerdamente el paso que han de dar, antes de poner en ejecución sus pensamientos, cuando pretendan casarse, porque el matrimonio, asegura, *está muy á peligro de errarse y es menester gran tiento y particular favor del cielo para acertarlo,* pues, en otro lugar afirma, *el amor y la afición con facilidad ciegan los ojos del entendimiento, tan necesarios para tomar estado.*

Así, no deben olvidar nunca los que en caso parecido se encuentren, que *la compañía de la propia mujer no es mercadería que una vez comprada se vuelve ó se trueca ó cambia, porque es accidente inseparable que dura lo que dura la vida: es un lazo que si una vez le echáis al cuello se vuelve en el nudo gordiano, que si no le corta la guadaña de la muerte, no hay manera de desatarle.*

Una vez penetrado el hombre de la verdad que encierran observaciones tan sensatas, lo primero que debe mirar en la mujer, si persistiera en la idea de casarse, es *la fama más que la hacienda,* porque *la buena mujer no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo: que mucho más dañan á las honras de las mujeres las desenvolturas y libertades públicas que las maldades secretas,* y después sus cualidades morales,

muchas de las cuales ya quedan apuntadas, grandemente necesarias para que la felicidad de los cónyuges sea un hecho, porque *así como al hombre de bien le basta no ser un mónstruo para ser bien querido, así la mujer no tiene bastante con ser únicamente bella de cuerpo si no es al mismo tiempo bella de alma.*

Debe procurar también el hombre no contraer enlace con mujer de posición muy distinta de la suya, ni de edad muy diferente de la que él tenga, pues *los casamientos desiguales nunca se gozan ni duran mucho en aquel gusto con que se comienzan*, sino hacer, por todos los medios posibles, que sea verdad lo dicho por Cervantes: *el matrimonio hace en los buenos casados que aunque tienen dos almas no tienen más de una voluntad.*

Para ello el esposo debe erigirse en guía cariñosa de su mujer, la cual, *si es buena, fácil cosa es conservarla y aun mejorarla en aquella bondad, y si mala, puede llegar á enmendarse*, aunque no es muy hacedero pasar de un extremo á otro. De cualquier manera, su deber es ponerla ante los ojos *la limpieza de la virtud y la belleza que encierra en sí la buena fama, que la buena mujer es como espejo de cristal luciente y claro, que está sujeto á empañarse y oscurecerse con cualquiera aliento que la toque;* y cuidar de los amigos y amigas con quienes se relacione, unos y otras peligrosos á veces, por lo cual lo advierte diciendo que *tanto cuidado debe tener con los amigos que llegan á su casa, como mirar con qué amigas su mujer conversa.* La vigilancia no debe extremarla hasta dar en inquisitorial y celoso y menos intentar ver hasta dónde puede llegar la vir-

tud de su esposa, valiéndose, como Anselmo, de algún «caritativo» amigo, porque *el que juega con áscuas al fin se quema*, y después de todo, *¿para qué ahondar la tierra y buscar nuevas vetas de nuevo y nunca visto tesoro, poniéndose á peligro de que todo venga abajo, pues al fin se sustenta sobre los débiles arrimos de una flaca naturaleza?*

Lo mejor, para no incurrir en vanas sospechas, es hacerse la ilusión que expresaba de este modo un sabio, de cuyo nombre no recordaba *Don Quijote: Que no había en todo el mundo mas que una sola mujer buena, y daba por consejo que cada uno pensase y creyese que aquella sola buena era la suya, y así viviría contento*, pues muchas veces, ofendida la esposa con celos infundados, llega á desviarse del verdadero camino y tomar por senderos de perdición: en tal caso responde el marido de la conducta de su consorte ante Dios y ante sus semejantes. Así lo decía D. Alonso Quijano: *De todo aquello que la mujer del juez recibiere, ha de dar cuenta el marido en la residencia universal, donde pagará con el cuatro tanto en la muerte, las partidas de que no se hubiere hecho cargo en la vida.*

Una de la desgracias más terribles que pueden sobrevevenir á los casados, sepultando su dicha para siempre y dando ocasión á espantosas tragedias, es el adulterio. *Y como las desgracias*—dice Cervantes por boca del desdichado Cardenio—*cuando las traen la corriente de las estrellas, como vienen de alto á bajo, desperñándose con furor y con violencia, no hay fuerza en la tierra que las detenga, ni industria humana que pue-*

da prevenirlas, la de que aquí se trata es también á veces inevitable. Pero si por culpa de la mujer no tiene la falta atenuante ninguna, y la adúltera merecía ser condenada, como establecían las leyes de la mayoría de los pueblos antiguos, á la última pena, al marido, en cambio, de ella, si no ha dado ocasión para que su mujer no sea lo que debe, ni ha sido en su mano ni en su descuido y poco recato estorbar su desgracia, debe mirársele con ojos de lástima, y no señalarle con infamante estigma, ni calificarle, como se hace, con nombre de vituperio y bajo, sino *compadecerse de la desventura á que le trajo el gusto de su mala compañera*.

Como es justo, Cervantes también fustiga sin piedad, poniendo en evidencia su avilantez y cobardía, al ladrón de honras ajenas, que arrebata la de *el pobre honrado que tiene prenda en tener mujer hermosa*.

Sin insistir sobre lo que nuestro autor llama *la impertinencia de los suegros*, que tanto estorban á los casados, ni hablar de esas naturales y previstas enfermedades de las casadas, cuyos síntomas son antojos tan raros *como comer tierra, yeso, carbón, y otras cosas peores, aun asquerosas para mirarse cuanto más para comerse*, terminaremos lo que se refiere al matrimonio diciendo con él que son pocas sus ventajas y muchas y grandes sus desventajas, y recomendando á los que la muerte les hizo libres no vuelvan á caer en la trampa donde una vez los cogieron, porque la libertad es la cualidad más preciada del hombre, y la libertad se pierde con el matrimonio.

CAPÍTULO VII

La hermosura: sus diferentes especies.—Modo de evitar los efectos de la hermosura de la mujer.

De la belleza física de la mujer ya nos hemos ocupado en su lugar oportuno. Ahora hemos de ocuparnos de las ventajas é inconvenientes que, según Cervantes, tiene la hermosura, y de la manera como el hombre puede contrarrestar sus efectos.

La hermosura no sólo atrae la voluntad, conforme queda escrito, sino que hace que *como señuelo gustoso se la abatan las águilas reales y los pájaros altaneros*, ó lo que es lo mismo, los hombres más encumbrados y los menos dispuestos á rendirse. Una de sus mayores ventajas, cuando se encuentra en mujer humilde, es *la de poder levantarse é igualarse á cualquiera, sin nota de menoscabo del que la levanta é iguala á sí mismo*, y cuando se encuentra en mujer de noble alcurnia *resplandece y campea sobre la buena sangre con más grados de perfección que en las hermosas humildemente nacidas*.

Cervantes distingue y separa cuidadosamente la hermosura del cuerpo de la del alma. De la última dice que

campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad y en la buena crianza, y cuando se pone la mira en esta hermosura suelen sus partes hacer al amor con ímpetu y no con ventajas. Tanto ensalza esta cualidad, que asegura que el merecimiento de una mujer hermosa y virtuosa *se extiende á hacer grandes milagros, y aunque no formalmente, virtualmente tiene en sí encerradas las mayores venturas.*

De la hermosura del cuerpo, nuestro gran ingenio escribe que constituye la mayor ilusión de las mujeres y su posesión la mayor ventura para ellas. Así, las ofensas de los hombres á esta cualidad tan apreciada *despiertan en gran manera su ira y encienden el deseo de venganza;* venganza que si no se cumple suele deshacerse en lágrimas, con las que logran á veces sus mayores triunfos, pues que con ellas *vuelven en algodón los riscos y los tigres en ovejas.* Por esto aconsejaba el Caballero de los Leones á su escudero, poco antes de disponerse el último á tomar posesión del gobierno de la ínsula Barataria, que *si alguna hermosura iba á pedirle justicia, quita los ojos de sus lágrimas*—le decía—*y tus oídos de sus gemidos y considera despacio la sustancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu razón en su llanto y tu bondad en sus suspiros.*

Inconvenientes de la hermosura para la mujer: que *la embisten los cuervos, los milanos y las otras aves de rapiña que á su derredor voltean.* Si la que es realmente bella puede y sabe triunfar de todos estos animales, con razón dejó apuntado el insigne alcalaíno, *merece ser*

coronada con laureles y palmas de vencimiento y triunfo; y si es casada, *merece gloriarse con el título de corona de su marido*.

Para poder apartar de la memoria la hermosura, el hombre no tiene más que un medio: *la ausencia*. No hay otro, en verdad, de resultados más eficaces, pues *sólo se vence la pasión amorosa con huirla, y nadie se ha de poner á brazos con tan poderoso enemigo, que es menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas*. Dicho remedio, en ocasiones, origina dolores y pensadumbres muy crueles y amargas. Debe, sin embargo, ponerse en práctica cuando no haya producido efecto la *adulación*, recomendada también en el *Quijote* con estas palabras: *No hay cosa que más presto rinda y allane las encastilladas torres de la vanidad de las hermosas que la misma vanidad puesta en las lenguas de la adulación*.

CAPÍTULO VIII

Observaciones finales.—Conclusion.

Probar que Miguel de Cervantes se revelaba en el *Quijote* como conocedor profundo de la mujer y como maestro en asuntos de amor, era el objeto de este escrito, según la declaración que hicimos al darle comienzo: al lector le corresponde ahora decir si hemos ó no logrado nuestro propósito.

Pudiéranse haber multiplicado los testimonios que, en comprobación de las ideas transcritas, se han citado en el texto de este humilde trabajillo, á haberlas rebuscado con un poco más de paciencia que la de que nosotros estamos dotados; pero con las expuestas bastan para el fin que perseguíamos. Con muchísimo menor número de pruebas, eruditos de gran nombre han demostrado que á «la perla de la literatura española», según el epíteto *oficial* de que se valen los preceptistas para designar á Cervantes, debe reputársele como excelente músico ó como pintor de nota; y, sin embargo, todos los cervantistas convienen hoy en que aquellos y otros dones los poseía en superlativo grado nuestro excelso

alcalaíno. De todo lo cual podrá convencerse el que, siendo aficionado á este orden de estudios, tenga el mal gusto de leer nuestros modestos APUNTES PARA UNA BIBLIOGRAFIA DEL QUIJOTE.

Las causas de que Cervantes conociera tan á fondo á la mujer y de que tan filósofo se manifestase tratando del amor, no es fácil averiguarlas, ni aunque lo fuera las apuntaríamos nosotros. Razones fáciles de comprender vedan tentaciones tan indiscretas: conociendo, como conocemos, los efectos de aquellas causas, debemos contentarnos con esto sólo, pues no dejarán de ser débiles hipótesis todas las suposiciones que en este punto se hagan, mayormente cuando la verdadera biografía de Cervantes ni se ha escrito, ni será quizá posible escribirla nunca.

Sin espigar quedan todavía en el incomparable INGENIOSO HIDALGO las opiniones de su autor acerca de la mujer española, que para él merece la primacía entre las de las demás naciones; las de la mujer castellana, á la que califica de *sencilla* y *noble*, de la aragonesa, á la que denomina *orgullosa* y *altiva*; de la andaluza, á la que titula de *hermosa;* y de la manchega, á la que moteja de *esquiva;* y su parecer respecto á las maritornes, doncellas, madres é hijas de familia. Cervantistas bien entendidos existen aún, aunque no tanto como los *entusiastas* que vivieron á principios del siglo que termina, que pueden con el examen y análisis de las citadas opiniones añadir un florón más á la hermosa corona que los hombres han formado en recuerdo de la memoria eterna de aquel inmortal genio.

Por nuestra parte el empeño acometido al comenzar este escrito, aquí termina. Sin que de «motu propio» nos atrevamos á decir, como se ha dicho en letras de molde, que con trabajos de esta índole se contribuye, más que á glorificar á Cervantes, á ponerle «en ridículo», haciéndole maestro de «cuanto hay que ser», ni á asegurar, como afirma rotundamente D. Cayetano Rosell, que el libro de que nos hemos ocupado es de tal naturaleza, que al pintar una monomanía, «produce monomaniacos de otro género».

Lo primero, porque la generalidad de los hombres, y no hay que agregar que, con mayor motivo, la de los cervantistas, votan con justa razón en contra de aserto tan caprichoso y singular, pues no se pone en ridículo á un escritor manifestando una cualquiera de las diferentes especies de belleza que sus obras encierran. Y lo segundo, porque entonces nosotros reconoceríamos, á quien lo hiciese, el derecho de que nos incluyeran dentro de la extensa pero temible categoría de los *monomaniacos*.

Lo cual sería realmente el colmo de los colmos.

Cebreros (Avila).—Agosto de 1899.

Esta obra se vende al precio de UNA peseta en las principales librerías de Madrid y Avila. Los pedidos al por mayor, con la rebaja acostumbrada, se harán al autor en Cebreros (Avila).

LS
C419d
.Ymo

487921

Cervantes Saavedra, Miguel de. Don Quixote
Moreno García, César
Un nuevo aspecto del Quijote.

DATE. | NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED